

El espectáculo del Budô



Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2014

Con la llegada de los nuevos tiempos, ha dejado de tener sentido aquel primer cine que narraba la normalidad de la Vida. Ese Arte, capaz de dibujar a través de escenas memorables la sucesión sencilla del devenir humano, el transcurso de su grandeza infinita, ya, casi, ha desaparecido. Como otras formas artísticas, el cine actual se ha convertido en un refugio para huir de la realidad, esa realidad que no se entiende ni se acepta, pero que es, absolutamente, verdadera.

Ahora, el llamado "*Séptimo Arte*" supone una forma más de escapismo, un divertimento apoyado en el sólo entretenimiento -un imperativo, éste, que necesita de un elemento imprescindible, obligatorio, para llegar al gran público: el efecto especial.

Triste panorama, donde un guión coherente, una trama interesante, una interpretación sobresaliente o un elenco de actores y actrices de categoría superior está supeditado al triunfo, primero, prioritario e insustituible del espectáculo. Sin el efecto especial el cine no tiene futuro, no vende. Esto es así porque su naturaleza presente persigue el éxito a través de la masificación, resultando ser, finalmente, una actividad puramente comercial -una tarea, ésta última, en la que la propaganda se erige en Ley principal.

En la actualidad, tanto el Budô, como el Bujutsu Clásico, también se han mundializado y el efecto especial forma parte de su haber. Aquello que en otros tiempos fue coto privado de unas élites, ha pasado a ser fuente de estudio e inspiración para millones de personas: hombres y mujeres que han encontrado en su práctica e investigación una razón más para su propia y diaria expresión.

No obstante esto, creo que haber conquistado tal cantidad de seguidores no ha conllevado el triunfo de la Calidad, es decir, de la consecución de los profundos valores que un Arte Marcial contiene dentro de sí.

Ocasionalmente, asistimos a la preponderancia del gesto, a la supremacía de la forma sobre los Principios; aplaudimos la frivolidad, que sabe imponerse en su pugna contra el árido rigor del trabajo diligente o frente a la exhaustiva disciplina física y mental que impone y exige la práctica de un Budô Tradicional.

En nuestro momento, son los especialistas quienes hacen crecer el número de practicantes de Artes Marciales, ellos son, entre otros muchos: gestores y consultores, organizadores de macro-festivales, promotores de tours, que venden, en comprimidos: estancias, prácticas y experiencias de aprendizaje exprés en lugares que todos hemos idealizado. Y, también, desde luego:

federaciones, organizaciones con ánimo de lucro, centros de alto rendimiento, publicaciones de registro internacional, etc.

Como muchos otros, opino que el Verdadero Progreso hacia la Calidad habría que inducirlo a través de la Perspectiva Mayor que pudieran aportarnos aquellos hombres y mujeres que, sin estridencias ni algarabías, desde la razón del esfuerzo, el talento y la autoridad moral, asentados en la dignidad de un trabajo hecho diligentemente, supieran inocular todos los principios físicos, históricos, filosóficos, espirituales, de salud o sociales que comporta el vasto *curriculum* de nuestro Arte.

Entonces, quizá, la quieta claridad del *shôji* tendría una oportunidad frente a las luces de color; el sonido del *taikô* podría sustituir a la estridencia musical; el perfecto diapasón de un kata dejaría de confundirse con acrobacias sin obstáculo, ni lógica, ni sentido; y esa constructiva aportación social, que ha sabido transmitirse, a lo largo de los siglos, a través de la disciplina razonada y razonable del *keikô* tradicional, podría, quizá, triunfar sobre la sola fiesta de la distracción.

Yo creo que entonces el ojo del espectador observaría, no sólo aquello que pudiera desear su propia debilidad -ese panorama evasivo y huidizo- sino, también, aquella otra Experiencia Superior que encierra, en su núcleo, un Arte que podemos considerar: Verdadero.